

## EL DISCURSO DE CRUZADA DURANTE LA GUERRA DE LA INDEPENDENCIA

ELISA GALÁN FELIPE\*

«La construcción del sujeto colectivo —explica Álvarez Junco— es un elemento crucial de la movilización social, ya que la convicción de formar parte de un “nosotros” suficientemente convincente y atractivo es justamente lo que genera solidaridad, es decir, lo que hace que los actores individuales estén dispuestos a actuar —e incluso a correr riesgos o a sacrificar intereses individuales— a favor de ese grupo contra entes externos percibidos como enemigos»<sup>1</sup>. En la guerra de la Independencia se generó toda una «literatura de combate», en palabras de Aymes<sup>2</sup>, panfletos, pasquines, poesías, canciones, sermones, obras de teatro, etc., que generaron diversos discursos cuyo objetivo común era dotar de unidad al grupo, señalar al enemigo y movilizar al grupo contra este. Este discurso podía ser el de los católicos españoles contra la impía Francia por la defensa de la religión; o de la nación española libre y soberana contra la tiránica Francia por la defensa de su independencia; o simplemente el pueblo valenciano contra los violentos ocupantes por la defensa de su hogar, su familia, etc. El carácter de la movilización antifrancesa durante la guerra de la Independencia, es decir, los móviles que impulsaron el levantamiento, ha sido una pregunta recurrente en la historiografía: revolución liberal o contrarrevolución, guerra nacional o local, guerra santa o primitivismo violento. Lo que está claro, a juzgar por el carácter generalizado y masivo de la reacción popular contra el invasor, así como su éxito final, es que la campaña de movilización fue efectiva.

De entre los diversos discursos que se conjugaron para movilizar a los españoles a la lucha contra los franceses, uno de los que más —quizás el que más— fuerza tuvo fue el discurso de Cruzada, gracias a la campaña de movilización llevada a cabo por el clero, basada en el relato de Guerra Santa, contrarrevolucionario, antiliberal y antiilustrado<sup>3</sup>.

\* Universidad de Zaragoza.

<sup>1</sup> Álvarez Junco, José, «El nacionalismo español como mito movilizador. Cuatro guerras», en *Cultura y movilización en la España contemporánea*, Madrid, Alianza, 1996, p. 35.

<sup>2</sup> Aymes, Jean-René, *La guerra de la Independencia en España (1808-18014)*, Madrid, Siglo XXI, 1990, pp. 64-76; Higuera del Pino, Leandro, «La Iglesia y las Cortes de Cádiz», *Cuadernos de Historia Contemporánea*, 24 (2002), p. 68.

<sup>3</sup> Uno de los autores que defiende el carácter católico del levantamiento es Álvarez Junco, José, «La difícil nacionalización de la derecha española en la primera mitad del siglo XIX», *Hispania*, 209, 61 (2001), pp. 832-840; id., *Mater Dolorosa. La idea de España en el siglo XIX*, Madrid, Taurus, 2001, pp. 305-306.

Durante la guerra de la Independencia se generó y divulgó ampliamente lo que Gregorio Alonso ha llamado «catolicismo de combate», por el cual, el factor religioso funcionó como un poderoso elemento aglutinante y movilizador, en la medida en que logró una clara y sencilla identificación del «nosotros» y del «ellos», con una efectividad perceptible en el alto nivel de participación popular en la resistencia. Con la familia real en Bayona y un rey extranjero sentado en el trono de Madrid, la religión heredada concedió unidad a un conjunto de territorios que hasta entonces la habían extraído del hecho de compartir un rey<sup>4</sup>.

La religión era un elemento con el que todos los españoles se podían fácilmente identificar y, sobre todo, el que mejores propagandistas tenía. El clero, tanto regular como secular, no solo llegaba a todos los rincones del país como no hacía ni siquiera el Estado, sino que gozaba de una autoridad moral, de una capacidad de influencia y de una experiencia discursiva sin paralelo en la sociedad de la época.

El clero tenía a su disposición el mayor canal de difusión del momento, el púlpito, que en palabras de Aguilar Piñal funcionaba como «la verdadera escuela permanente de adultos en el siglo XVIII, y la auténtica forja de la mentalidad española» porque «podrían los españoles de entonces no haber podido asistir a una escuela, pero todos, aun en los pueblos más escondidos, tuvieron oportunidad de oír muchos sermones en su vida». En el Antiguo Régimen, pero también durante buena parte del siglo XIX, los sermones pronunciados en los pulpitos actuaban como vehículo privilegiado de «difusión no solo de ideas o actitudes religiosas, sino de determinadas creencias y apoyos hacia tendencias políticas, sociales y culturales en el más amplio sentido de la palabra». El sermón también dominaba la producción impresa, que se supone reservada para los grupos más preparados intelectualmente, superando a las obras ilustradas y liberales, siempre con problemas de censura y de difusión (hasta el último tercio del siglo XIX, de todos los libros editados, más del 50% eran sermonarios y manuales de confesión)<sup>5</sup>.

La actitud sacrílega y los actos de violencia anticlerical de las tropas bonapartistas, así como la política reformista del Gobierno josefino fueron buenos acicates para que el clero —más el bajo clero y el clero regular, que la alta jerarquía, para quien el *mantenimiento* del *statu quo* les llevó, en más de un caso, a proclamar el sometimiento al nuevo gobierno— apoyara, exhortara e incluso participara en la resistencia antifrancesa<sup>6</sup>.

<sup>4</sup> Alonso, Gregorio, *La nación en capilla. Ciudadanía católica y cuestión religiosa en España (1793-1874)*, Granada, Comares, 2014, p. 25; id., «Del altar una barricada, del santuario una fortaleza», en Joaquín Álvarez Barrientos, *La guerra de la Independencia en la cultura española*, Madrid, Siglo XXI, 2008, p. 75.

<sup>5</sup> Aguilar Piñal, Francisco, «Predicación y mentalidad popular en la Andalucía del siglo XVIII», en María Jesús Buxo i Rey, Salvador Rodríguez Becerra y León Carlos Álvarez y Santalo (coords.), *La religiosidad popular*, vol. 2, Barcelona, Anthropos, 1989, p. 60; Arias González, Luis, y Luis Martín, Francisco de, «La divulgación popular del antiliberalismo (1808-1820) a través del sermón», *Hispania*, 184, 53 (1993), pp. 220-221; La Parra López, Emilio, *El primer liberalismo y la Iglesia: las Cortes de Cádiz*, Alicante, Instituto de Estudios Juan Gil-Albert, 1985, p. 41.

<sup>6</sup> Los generales franceses consideraban, y no sin razón, que los clérigos animaban a la insurrección empleando su influencia social, por lo que fueron el principal objetivo de la represión francesa. Alonso, Gregorio, «Del altar una barricada, del santuario una fortaleza...», *op. cit.*, pp. 86-91.

Además, llamar a los fieles al combate no era nuevo para esta generación de clérigos seculares y regulares, pues habían desempeñado un importante papel movilizador en la guerra contra la Convención de 1793 a 1795. Fue entonces cuando Carlos IV recurrió al clero en busca del sustento ideológico y moral que proporcionaban sus arengas patriótico-religiosas para preservar la integridad del reino y la soberanía monárquica. Por tanto, fue 1793 el momento de formulación de este «catolicismo de combate», que sería después heredado en 1808<sup>7</sup>. En consecuencia, son inevitables continuas alusiones al discurso movilizador empleado durante la guerra contra la Convención, pues fue el referente claro al que acudieron los predicadores y publicistas durante la guerra de 1808.

Todos los observadores coincidieron en atribuir al clero católico el papel protagonista en la movilización antinapoleónica española; empezando por los generales franceses y hasta el propio Napoleón, quien vio en la Iglesia católica el principal soporte del levantamiento, que, en su opinión, se trataba de una auténtica «revuelta de frailes». También el duque de Wellington, el general que dirigió las tropas inglesas contra Napoleón en la Península, afirmó: «El clero es el auténtico poder en España. Él se encarga de mantener el odio general de los españoles contra Francia». Ya en la guerra de la Convención, fray Diego José de Cádiz aseguraba que «en la Ley escrita era del cargo de los Sacerdotes exhortar a los Soldados en guerra santa y de Religión, para que no temiesen aun las superiores fuerzas del contrario, sino peleasen con el mayor esfuerzo, seguros y confiados de la divina protección»<sup>8</sup>.

Este «catolicismo de combate» se basó en un discurso que analizaba en clave religiosa la guerra, cuyo objetivo era dotar a los combatientes de un credo que les diese cohesión interna y finalidades a largo plazo. Dicho discurso, que se divulgó en forma de sermones, pasquines, panfletos, canciones, coplas o cuentos y que buscaba exhortar al pueblo español contra los franceses, concebía la guerra como una *cruzada*, una *guerra santa* contra un enemigo que, por contraposición con lo español, que se consideraba esencialmente católico, se definía como impío, irreligioso o ateo. Sacralizada su misión, miles de españoles y españolas lucharían, según el pensamiento reaccionario, por su rey y su religión<sup>9</sup>. Los gritos de los rebeldes contra José Bonaparte dan prueba de la divulgación de esta idea: «Viva Fernando VII, viva la religión, viva la Iglesia católica y muera Napoleón impío con todos sus satélites y su Francia cismática, tolerante y anticristiana»<sup>10</sup>.

<sup>7</sup> Alonso, Gregorio, «Del altar una barricada, del santuario una fortaleza...», *op. cit.*, pp. 78-79.

<sup>8</sup> Primera cita en Alonso, Gregorio, «Del altar una barricada, del santuario una fortaleza...», *op. cit.*, p. 80. Segunda cita en Eastman, Scott, «La que sostiene la península es guerra nacional: identidades colectivas en Valencia y Andalucía durante la guerra de la Independencia», *Historia y Política*, 14 (2005), p. 245; González Cuevas, Pedro Carlos, *Historia de las derechas españolas, de la Ilustración a nuestros días*, Madrid, Biblioteca Nueva, 2000, pp. 67-68; Álvarez Junco, José, «La difícil nacionalización...», *op. cit.*, p. 832. Tercera cita Cádiz, Fray Diego José de, *El soldado católico en guerra de religión. Carta instructiva, acético-histórico-política, en que se propone a un Soldado católico la necesidad de prepararse, el modo con que lo ha de hacer, y con que debe manejarse en la actual guerra contra el impío partido de la infiel, sediciosa, y regicida Asamblea de la Francia*, Cádiz, Reimpreso en la Casa de Misericordia, 1812, p. 10.

<sup>9</sup> Alonso, Gregorio, «Del altar una barricada, del santuario una fortaleza...», *op. cit.*, p. 97.

<sup>10</sup> Citado por Álvarez Junco, José, *Mater Dolorosa...*, *op. cit.*, p. 305.

El eje del discurso sigue a mi juicio tres pasos: en primer lugar, identifica a lo español como esencialmente católico; en segundo lugar, lo francés es considerado como la antítesis de lo católico y, por tanto, como la principal amenaza de la catolicidad esencial de España y, en tercer lugar, y como consecuencia de esta dicotomía, se declara una guerra, que por ser en defensa de la religión se proclama *santa*, una *cruzada* contra el francés para proteger la esencia de la Nación, que no es sino el catolicismo.

El primer paso del eje discursivo consistía en recurrir a la tradicional catolicidad de la Monarquía como paradigma de las supuestas esencias patrias, con la consiguiente esencialización de la colectividad hispana en clave católica<sup>11</sup>. Basándose en una historia marcada por el papel que España había desempeñado desde los Reyes Católicos, como bastión del catolicismo, protectora del papado y adalid de la Contrarreforma, predicadores y publicistas dibujaron una imagen de España como esencialmente católica, la «colonia privilegiada de Jesucristo» o la «hija predilecta del catolicismo», donde la intolerancia religiosa aseguró la unidad y evitó las guerras de religión que afectaron a tantos países europeos: «Yo nací en España, país católico: fueron católicos mis padres, católicos mis maestros, católicos mis sacerdotes, católicos mis príncipes, católicos mis conciudadanos...»<sup>12</sup>. La identificación de España no es solo con el catolicismo sino con la Iglesia católica que es presentada como garante de la monarquía y protectora del país en el que mejor conserva su influencia. Así, este discurso aúna los destinos de la Iglesia, la monarquía y la nación española, puesto que los tres se vinculan e identifican mutuamente<sup>13</sup>.

La *Instrucción pastoral de los ilustres señores obispos de Lérida, Tortosa, Barcelona, Urgel, Teruel y Pamplona al clero y pueblo de su diócesis*, impresa en Palma de Mallorca en 1812, se funda en el axioma de que España es un país profunda, exclusiva y definitivamente católico: «Religión que han honrado y sellado con su sangre innumerables mártires, que han restablecido y purificado del error de los Recaredos, los Fulgencios y los Leandros, y que han conservado intacta sus discípulos y sucesores desde el siglo VII hasta nuestros tristes días, a pesar de la inundación de bárbaros sarracenos que amenazaban entonces, acaso más que ahora los franceses, el exterminio de todo lo sagrado y profano»<sup>14</sup>.

Si España era identificada en este discurso como esencialmente católica, su enemigo, debía ser esencialmente no católico, irreligioso, pagano, ateo o sacrílego. Se contraponían incluso la intolerancia religiosa, supuestamente esencial al carácter español, a la laxitud religiosa francesa<sup>15</sup>. Se establecía así una antítesis entre las esencias de las dos naciones; según

<sup>11</sup> Alonso, Gregorio, *La nación en capilla...*, *op. cit.*, pp. 24-26.

<sup>12</sup> Citado por Álvarez Junco, José, «La difícil nacionalización...», *op. cit.*, p. 838.

<sup>13</sup> Álvarez Junco, José, «La difícil nacionalización...», *op. cit.*, pp. 832-838; Alonso, Gregorio, *La nación en capilla...*, *op. cit.*, pp. 24-26; *id.*, «Del altar una barricada, del santuario una fortaleza...», *op. cit.*, p. 80.

<sup>14</sup> Citado por Aymes, Jean-René, *La guerra de la Independencia...*, *op. cit.*, pp. 268-269.

<sup>15</sup> Alonso, Gregorio, *La nación en capilla...*, *op. cit.*, p. 63.

este argumento, la revolución se debía a las peculiares condiciones de «esta altiva nación, cuya inconstancia es quizás el atributo más sincero, de su vano carácter»<sup>16</sup>.

El discurso llevaba a demonizar todo lo francés: su emperador y su hermano, los ideales revolucionarios y el pensamiento ilustrado, eran los objetivos principales. En 1809, Simón López García, sacerdote tenido por renovador y futuro diputado servil en Cádiz, escribió un folleto contra los masones —muy influenciado por Hervás<sup>17</sup>— titulado *Despertador Cristiano-Político* en el que afirma que la coalición de los impíos: deístas, ateístas, herejes, apóstatas de Francia y Europa, es «el leopardo del Apocalipsis [...], la bestia horrenda de siete cabezas y diez cuernos, salida del mar, y autorizada con toda la potestad infernal...», cuyo objetivo es la destrucción de la Iglesia y la monarquía. Y asegura que la Iglesia y la Inquisición son y serán el baluarte en que el pueblo español resistirá los embates de los enemigos. Y en un panfleto anónimo de un clérigo malagueño titulado *La Bestia de siete cabezas y diez cuernos o Napoleón Emperador de los Franceses*, el general corso era el que encarnaba con mayor exactitud las supuestas características del Anticristo, tal y como estaban descritas en el Apocalipsis de San Juan: «Así Napoleón, más próximo que otros tiranos, a lo menos en mil años, al Anti-Christo, le representa con más viveza y propiedad que ninguno de los antiguos. Y esta y no otra es a mi ver la causa de que a este tirano se acomoden más felizmente que a los pasados todas las circunstancias que refiere San Juan en los emblemas de esta profecía». Napoleón era, por tanto, concebido como el «más grande enemigo de la religión»<sup>18</sup>.

Un soneto titulado *Receta infalible para hacer Napoleones* de 1808 también demonizaba, aunque en un tono más laico, al Emperador:

Coge un puño de tierra corrompida,  
Un quintal de mentira refinada,  
Un barril de impiedad alambicada,  
Y una azumbre de audacia bien medida,  
La cola del Favón coge extendida,  
Del Tigre la uña ensangrentada,  
Del Corzo el corazón, y la taimada  
Cabeza de la Zorra envejecida;  
Todo bien cosido en un talego,  
De exterior halagüeño, hermoso y blanco  
Arrimarás de la ambición al fuego,

<sup>16</sup> González del Castillo, Juan, *La Galiada o la Francia Revuelta, Poema*, Puerto de Santa María, Impreso por Don Luis Luque y Leyva, 1793, p. 9.

<sup>17</sup> Lorenzo Hervás y Panduro en su obra *Causas de la Revolución Francesa*, 1794, afirmaba que la revolución había sido resultado de una conspiración de varias sectas coaligadas: la filosófica, la francmasona y la jansenista, cuyo objetivo era la destrucción de las monarquías, de la religión y, en general, de la civilización europea.

<sup>18</sup> López García, Simón, *Despertador Cristiano-Político, se manifiesta que los autores del trastorno universal de la Iglesia y de la Monarquía son los filósofos franc masones, se descubren las artes diabólicas de que se valen, y se apuntan los medios de atacar sus progresos*, Cádiz, Imprenta de la Viuda de Don Manuel Comes, entre 1801-¿1810?, p. 1. *La Bestia de siete cabezas y diez cuernos o Napoleón Emperador de los Franceses*, Málaga, Imprenta de Martínez, 1808, p. VIII.

Déxalo que se vaya incorporando,  
Y tú verás sin duda como luego  
Sale un Napoleón de allí Volando<sup>19</sup>.

Caracterizados así, los franceses eran la mayor amenaza que se podía cernir sobre la nación española, su catolicismo, su monarquía, sus instituciones, al fin y al cabo, sus esencias. Así lo entendía ya en 1793 fray Diego José de Cádiz, al que ya he citado anteriormente:

Dios, su Iglesia, su fe, su religión, sus leyes, sus ministros, sus templos y todo lo más sagrado, el derecho de gentes, el respeto debido a los soberanos y aun el fuero siempre inviolable de la Humanidad, se hallan injustamente violados, impiamente desatendidos y sacrílegamente atropellados en ese desgraciado reino por una multitud de hombres cuyo proceder los acredita de hijos de Lucifer y miembros de tan infame cabeza<sup>20</sup>.

Y nuevamente, en la guerra de 1808, Blas de Ostolaza, confesor de Fernando VII en Valençay y destacado miembro del partido fernandino en la Corte, comenzó su famosa arenga patriótica en forma de sermón del 25 de julio de 1810 con una severa filípica contra la «filosofía»: «Sí, yo descubro en sus planes humanos la anarquía, el egoísmo y la irreligión, y en su humanidad decantada, en esta hija bastarda del filosofismo, veo el origen de su libertad tiránica, de su igualdad quimérica, y de su razón degenerada». Y continúa: «Españoles católicos: aún es tiempo de restablecer los altares. Contra estos se dirigen los planes antiguos de la filosofía francmasónica, y se intenta descatolizaros para arrojaros en los abismos de una revolución»<sup>21</sup>.

Pero no solo un reaccionario como Ostolaza era difusor de este discurso. Antonio Capmany, militar, historiador, economista y político liberal conservador en Cádiz, escribió en 1808 *Centinela contra franceses*, uno de los libros clave del patriotismo español del momento. Nostálgico de las glorias pretéritas, exaltador del espíritu nacional español, católico y patriótico, lamenta la actual degeneración de costumbres, vestir, hablar, etc., de los afrancesados y afirma que, tras las falsas promesas de igualdad y libertad, se esconden proyectos de implacable tiranía. Para él, los ejércitos napoleónicos eran una «plaga nueva en el mundo y desconocida en la historia»; Bonaparte es «ese emperador sin honra, fe, ni conciencia, sin palabras de rey, ni de hombre ni de ladrón», que ejecuta los planes de las sectas de destrucción universal, y Godoy un «disoluto garzón; otomano bautizado; idiota aconsejado de su propia ignorancia; traidor y archipirata...», además de gran traidor, que por su ambición y codicia ha entregado España al tirano. Por tanto, la guerra contra los ejércitos napoleónicos era una guerra santa, «más aún que las cruzadas». Con la derrota francesa, España se librará

<sup>19</sup> «Receta infalible para hacer Napoleones», acompaña al texto *A los vencedores de Bayles, al Excelentísimo Sr. Castaños, General en Jefe, y a nuestro dignísimo Gobernador Reding*, Málaga, 28 de julio de 1808.

<sup>20</sup> Cádiz, Fray Diego José de, *El soldado católico en guerra de religión...*, op. cit., p. 4.

<sup>21</sup> Ostolaza, Blas de, *Sermón patriótico-moral, que con motivo de una misa solemne, mandada celebrar el día 25 de julio de 1810 en la Iglesia de los RR. PP. Carmelitas de la Ciudad de Cádiz por los españoles emigrados de los países ocupados por el enemigo común*, Nueva Guatemala, Reimpreso en la oficina de Arévalo, 1812, pp. 5, 30.

«de la molestia y el asco de dar oídos a la fastidiosa turba de sabihondos, ideólogos, filósofos, humanistas y politécnicos...». Y todo esto lo dice un laico ilustrado<sup>22</sup>.

Contra semejante enemigo y siendo tan grande la amenaza solo cabía la guerra, que, por ser en defensa de la religión, recibió el apelativo de *cruzada*. El clero proclamó la guerra santa, justa y necesaria «por exterminar esas gentes, y por hacer que su nombre no vuelva a resonar sobre la tierra», en una violencia retórica con altas dosis de inquina y fatalismo<sup>23</sup>. Ya en 1793, el padre capuchino Fidel del Castillo definía la guerra contra la Francia revolucionaria como una verdadera cruzada y como tal era una misión divina que hacía prescriptivo el combate a muerte con los hijos de la revolución:

Es una guerra santa, por los sagrados respectos de la religión, que la impiedad intenta destruir: guerra justa, por los derechos del hombre, que el furor proyecta aniquilar; guerra forzosa al fin, por los respectos de la patria que la independencia y el libertinaje quiere confundir<sup>24</sup>.

Con el precedente ya asentado, la campaña de movilización antinapoleónica recibió prontamente el apelativo de *guerra santa* o de *cruzada*, tanto en los sermones como en la prensa. Y no fue solo el pueblo inculto quien asimiló este mensaje, también un intelectual de la talla de Jovellanos, quien escribía a Cabarrús —al rehusar el ofrecimiento de este de pasarse al bando josefino— que España estaba luchando por su religión<sup>25</sup>. Esta idea coronaba el discurso que establecía una dicotomía maniquea y reduccionista en la que, de un lado se posicionaban los católicos súbditos de Fernando liderados por el clero, que contaban con la complacencia divina; y del otro, el Anticristo, representado por los franceses y afrancesados, que perseguían el objetivo último de aniquilar por completo la religión en España. En este contexto discursivo se entiende una anécdota que narra que en Zaragoza, durante una ceremonia religiosa en la basílica de la Virgen del Pilar surgió del cielo repentinamente una corona en la que se podía leer «Dios se declara por Fernando», *milagro* que el clero aprovechó para hacer propaganda belicista contra los franceses<sup>26</sup>.

Tan santa empresa reclamaba el sacrificio colectivo y unánime de todos los miembros de la comunidad patria, que no era sino la comunidad de creyentes, puesto que «cuando se trata de guerra de religión, todos los hombres son soldados, y cuando es forzoso defender la patria, todos debemos sacrificar nuestro sosiego, nuestras luces, nuestras fuerzas y cuanto somos»<sup>27</sup>.

<sup>22</sup> Capmany, Antonio de, *Centinela contra franceses*, Madrid, Gómez Fuentenebro y Compañía, 1808, pp. 37, 6, 22.

<sup>23</sup> Cádiz, Fray Diego José de, *El soldado católico en guerra de religión...*, *op. cit.*, p. 7.

<sup>24</sup> Castillo, Fray Fidel del, *Voces de la religión contra el impío, y rebelde sistema de la Francia. Sermón que en la solemne rogativa por el feliz éxito de nuestras Armas en la presente guerra...*, Cádiz, Impreso por Don Antonio Murgía, 1793, p. 16.

<sup>25</sup> Referencia en La Parra López, Emilio, *El primer liberalismo y la Iglesia...*, *op. cit.*, p. 41.

<sup>26</sup> Citado por Alonso, Gregorio, «Del altar una barricada, del santuario una fortaleza...», *op. cit.*, p. 94. Y Suárez Cortina, Manuel, *Entre cirios y garrotes: política y religión en la España contemporánea, 1808-1936*, Santander, Editorial de la Universidad de Cantabria, 2014, p. 79.

<sup>27</sup> Castillo, Fray Fidel del, *Voces de la Religión...*, *op. cit.*, pp. 38-39.



Con motivo de la guerra contra la Convención francesa, fray Diego de Cádiz escribió: «debe estar el cristiano persuadido [...] que en algunos casos le es de obligación el tomar las armas y pelear con los enemigos de Dios y de su Rey. Tal es la presente guerra contra la revoltosa, impía y escandalosa Asamblea de Francia». Los muertos en la «guerra santa» eran mártires de la religión y como tales recibirían su recompensa celestial. Y así finaliza su arenga fray Diego de Cádiz: «Si sobrevives, vivirás con la gloria del celoso defensor de la santa fe; y si mueres en tu religiosa campaña, serás laureado en el cielo con la palma y corona del martirio»<sup>28</sup>. También a ello se refería un fraile en una prédica por los muertos de Bailén, dirigiéndose a los caídos: «tú que has muerto en el campo de batalla, y desde él has volado a unirse con tu Dios..., volando a recibir un premio eterno en la morada de los justos»<sup>29</sup>. Se formuló así un ascetismo militarizado, que creó una mentalidad martirial de carácter contrarrevolucionario tanto en la guerra contra la Convención como en la invasión napoleónica<sup>30</sup>.

A medida que avanzaba la guerra y, sobre todo, a raíz de las transformaciones de la Iglesia que llevaron a cabo los reformistas gaditanos, el clero reaccionario asumió como enemigos a estos con el mismo discurso con el que había declarado la guerra a los franceses; con los liberales «tenemos los franceses en casa» dirían los obispos de la *Instrucción pastoral* antes referida<sup>31</sup>. En su pensamiento, las Cortes habían traicionado el compromiso que habían contraído con los españoles: reforzar la religión, mantener los privilegios de la Iglesia y respetar la soberanía monárquica —señas de identidad de España— como armas contra los franceses. Para ellos, el reformismo de las Cortes no era sino una concesión a los franceses y una derrota en la guerra. El filósofo Rancio sostenía que «las novedades liberales eran producto del afrancesamiento de las elites intelectuales y una traición a la Iglesia y al pueblo español»<sup>32</sup>.

Por tanto, proclamaron la guerra no solo contra los franceses, sino también contra la anti-España, que primero fueron los afrancesados y después incluyó también a los liberales; pues de lo que se trataba, como proclamó cierto clérigo en 1822, era elegir entre «Cristo o la Constitución»<sup>33</sup>. Los liberales fueron acusados, como antes los franceses, de buscar la destrucción de la Iglesia y la degradación de la religión. En La Coruña, en mayo de 1813, un fraile formuló una pregunta repetida con frecuencia en años posteriores: «¡Españoles! ¿En dónde estamos? ¿En una nación católica? ¿En la católica España, o entre los desertores del Evangelio? Nuestra desdichada patria se ve cubierta de periódicos y otros papeles impíos, empeñados en robarnos la Religión a cambio de una engañosa libertad»<sup>34</sup>.

<sup>28</sup> Cádiz, Fray Diego José de, *El soldado católico en guerra de religión...*, *op. cit.*, pp. 4-5, 62.

<sup>29</sup> Citado por Callahan, William J., *Iglesia, poder y sociedad en España, 1750-1874*, Madrid, Nerea, 1989, p. 92.

<sup>30</sup> Alonso, Gregorio, «Del altar una barricada, del santuario una fortaleza...», *op. cit.*, p. 83.

<sup>31</sup> Aymes, Jean-René, *La guerra de la Independencia...*, *op. cit.*, p. 270.

<sup>32</sup> Citado por González Cuevas, Pedro Carlos, *Historia de las derechas españolas...*, *op. cit.*, p. 73.

<sup>33</sup> Cita en Fernández Sebastián, Javier, «España, monarquía y nación. Cuatro concepciones de la comunidad política española entre el Antiguo Régimen y la Revolución liberal», *Studia Historica*, 12 (1994), p. 64.

<sup>34</sup> Citado por Callahan, William J., *Iglesia, poder y sociedad...*, *op. cit.*, p. 104.



La Iglesia se convirtió entonces en el principal aliado del antiliberalismo y puso al servicio de esta causa todos los medios de formación e influencia que tenía, entre ellos el más decisivo, el púlpito y desde él, el sermón<sup>35</sup>. La campaña contra el liberalismo fue tan violenta y emocional como la que había sido librada contra los franceses y con la misma retórica. Un agustino, el P. Lorenzo Frías, de talante moderado, reflejaba esta crispación entre el clero toledano, en estos términos: «¡Qué levantar el grito sobre que todo va perdido! La Inquisición se quita, la religión se trastorna y la patria se aniquila. Oyen estos clamores las gentes, y como no tienen obligación ni luces para discernir, piensan que lo que oyen a los eclesiásticos es el Evangelio»<sup>36</sup>.

Sobre todo a partir de la primavera de 1814, empezaron a publicarse con mayor frecuencia panfletos y artículos que combinaban las alabanzas desmedidas al rey y las agrias condenas a las Cortes. Uno de estos textos fue el panfleto satírico *Enfermedad, muerte y entierro de la Constitución*, en el que además de dirigir coplas burlescas a varios de los liberales principales, los amenaza explícitamente:

Aprended flores de mí,  
Lo que va de ayer a hoy;  
Que ayer Constitución fui  
Y ya ni basura soy.  
Tú, que me miras a mí  
Tan triste, mortal y fea;  
Mira liberal por ti,  
Conmigo tu muerte sea<sup>37</sup>.

Por el contrario, veían a Fernando VII como el ángel vengador que purificaría a la nación de su corrupción y permitiría a la Iglesia proseguir con su revolución espiritual. A su llegada, el rey cumplió las expectativas de estos sectores: cerró las Cortes y derogó la Constitución y la obra legislativa de estas, contando para ello con el apoyo de la teología política difundida por el clero. Un predicador aplaudió así la llegada del rey: «no volverán a pisar más la tierra esos filósofos que han declarado la guerra a la Iglesia, la persecución de sus ministros, el odio fanático a los frailes, la corrupción a la moral y su aversión a los dogmas»<sup>38</sup>. Y una noticia del 6 de junio de 1814 recoge una de las coplas con la que se celebró en Sevilla la derogación de la Constitución:

España de su gloria  
Enarbola el pendón  
Contra el derecho injusto

<sup>35</sup> Arias González, Luis, y Luis Martín, Francisco de, «La divulgación popular del antiliberalismo...», *op. cit.*, pp. 216-217.

<sup>36</sup> Citado por Higuera del Pino, Leandro, «La Iglesia y las Cortes de Cádiz», *op. cit.*, p. 75.

<sup>37</sup> «Enfermedad, muerte y entierro de la Constitución», Sevilla, Imprenta del Correo Político a cargo de Manuel Valdivares, 1814, p. 2.

<sup>38</sup> Alonso, Gregorio, *La nación en capilla...*, *op. cit.*, pp. 63-64. Cita en Callahan, William J., *Iglesia, poder y sociedad...*, *op. cit.*, pp. 104-105.

De la Constitución.  
Atended a su infamia,  
Y sabréis la traición  
Con que a los españoles  
Les cubrían de horror.  
Alegría, alegría Sevilla  
Que no hay Constitución,  
Solo reina Fernando,  
La Patria y la Religión<sup>39</sup>.

«El grito de «¡Vivan las cadenas!» con el que comienza el reinado fernandino, la acogida festiva y multitudinaria de los 100 000 hijos de San Luis en 1823, no son dos meras anécdotas menores, sino claras demostraciones de hasta qué punto había calado entre la población española la propaganda y la contraideología antiliberal» afirman, con razón, Luis Arias González y Francisco de Luis Martín<sup>40</sup>.

Si bien el carácter reaccionario de la mayoría de los publicistas de este catolicismo de combate les alejaba de posiciones nacionalistas, lo cierto es que en este discurso definían al grupo que sería sujeto de la movilización: los católicos súbditos de Fernando. La transición desde esta identidad hacia una concepción moderna de la nación era fácil y fluida. Por ejemplo, Eastman cita un sermón de un cura valenciano que, dirigiéndose a la nación y a los fieles, los mezclaba a medida que hablaba: «¡Españoles! Pueblo católico, y que hace gloria de serlo...». En el proceso de construcción del Estado-nación, la religión funcionó como un elemento prenatal que llenó de contenido el concepto de *nación española*. Dentro de la nación cultural española, además de por la lengua castellana, referentes históricos como la Reconquista o valores propios, los españoles se definen por el culto que profesan, como esencialmente católicos, característica que les distingue de otras comunidades no católicas o menos católicas. De esta manera, se produjo un fluido trasvase entre la tradicional comunidad de creyentes y la nueva comunidad ciudadana que forma el Estado-nación decimonónico. Otra cuestión es que el carácter ideológico de la nación, que se estaba fraguando en el conflicto, no fuera único, sino diverso e incluso contrario, lo que daría lugar a una paulatina ruptura entre dos formas de entender la idea de España.

---

<sup>39</sup> Citado por Alonso, Gregorio, *La nación en capilla...*, *op. cit.*, p. 64.

<sup>40</sup> Arias González, Luis, y Luis Martín, Francisco de, «La divulgación popular del antiliberalismo...», *op. cit.*, p. 215.